

EL QUEHACER DE LOS CIENTÍFICOS

Está claro que la tarea que distingue a los científicos es la investigación, la obtención de conocimientos antes no disponibles. Esa tarea, eminentemente racional, se ilustra en la gran mayoría de las reseñas ya publicadas, y también en los artículos de este número, escritos por Carlos Della Védova, Carlos Roberto Garibotti, Jorge Geffner, Jorge Marcovecchio, Alicia Sarce.

Pero la investigación dista de ser la única actividad que encaran los autores de nuestras reseñas, que también enfrentan con entusiasmo y dedicación otras tareas. La primera y más obvia es la docencia universitaria, muchas veces acompañada por la divulgación científica. Basta leer la reseña de Alicia Sarce para advertir la pasión por la docencia, por la transmisión de conocimientos. Afortunadamente, son pocos los investigadores que ven la docencia como una pesada carga que los distrae de su tarea importante. Y está bien que así sea, docencia e investigación van de la mano en forma casi inseparable. Por un lado, el diálogo con los alumnos y la preparación de las clases conduce al replanteo de teorías e invita a la formación de recursos humanos, tareas que redundan en las prácticas de investigación. Por otro, las lecturas actualizadas y reflexión constante que supone la investigación conducen necesariamente a un ejercicio docente alejado del esquematismo y la repetición de teorías.

También suelen estar presentes los esfuerzos por devolver a la sociedad algo a cambio de su apoyo. Es particularmente ilustrativo leer la reseña de Jorge Geffner y su dedicación a los esfuerzos por enfrentar la pandemia de SARS-Covid-2. Estos esfuerzos no sólo se realizaron en el laboratorio y en el hospital, sino también en los medios de comunicación, para despejar dudas y combatir los peligrosos discursos negacionistas que acompañaron el desarrollo de las vacunas.

La gestión institucional es por supuesto también una actividad asociada de importancia. Es más, en algunas de las reseñas que hemos ido publicando a lo largo de los números de la revista, lo más destacado ha sido precisamente la tarea de gestión, imprescindible para el funcionamiento institucional.

Pero existen otras actividades vinculadas no solo con la esfera puramente racional sino también a las emociones. Son frecuentes los casos de investigadores con alto perfil político, que puede reflejarse en una clara identidad partidaria, como es el caso de Carlos Della Védova (“un muchacho peronista”, lo definió alguna vez cariñosamente una colega). O más bien puede, como Jorge Geffner, identificarse con espacios más amplios, como el progresismo y las ideas más afines con la izquierda.

En realidad, el conjunto de científicos y tecnólogos es un reflejo de la sociedad toda, y en él encontramos todo tipo de posturas políticas. Está claro que hay un número importante de personas dedicadas a la investigación que comulgan con ideas diversas pero que tal vez puedan englobarse en el mote de “progresismo”; muchas de ellas lo hacen explícita y fervorosamente. También los hay, por supuesto, afines a las ideas del conservadurismo, tal vez con menos exposición pública. Pero también hay todo un universo de científicos que no cultivan una militancia política partidista explícita. La lectura de las reseñas de Alicia Sarce y de Jorge Marcovecchio ilustra la ausencia de la política partidista como factor central, y ello no va en desmedro del impacto valioso de sus tareas sobre la sociedad.

La reseña de Jorge Marcovecchio ilustra otra presencia frecuente en la vida de los científicos: la música. Y tal vez podríamos agregar la religión, que está lejos de ser incompatible con la ciencia. Las complejidades del cerebro humano son las que dan origen a muy disímiles gustos, preferencias y emociones que acompañan la actividad racional de la ciencia y la tecnología.

La reseña de Roberto Garibotti podría servir de ejemplo acabado de lo que fue la actividad de los científicos de su generación (Carlos tiene 86 años). Su trayectoria, que como la de tantos otros mezcló la investigación, la docencia y la gestión, fue fuertemente modulada por los cimbronazos que causó la política, en 1966 y en la década de 1970, con exilios forzados y regresos a nuevos horizontes.

Y como nota final, tal vez de excesivo optimismo, quisiéramos notar que la tolerancia es un factor muy generalizado entre científicos, que se traduce muchas veces en maestros y alumnos de ideas muy distintas pero en cuya relación prima un fuerte respeto y amistad. Las excepciones, mejor olvidarlas -o mejor no, con la esperanza y el compromiso de que no se repitan.

Nota agregada justo antes de cerrar la edición.

La lectura de las más de doscientas reseñas ya publicadas podría ayudar a importantes actores de la política nacional a comprender mejor ese curioso colectivo que constituyen los investigadores científicos –de CONICET y también de las universidades y de otras instituciones. Tal vez así podrían rever sus prejuicios y entender que los científicos son, con lo que hacen merced al esfuerzo personal y a la dedicación, PERSONAS DE BIEN CON MAYÚSCULAS.



Pablo von Stecher



Miguel Ángel Blesa

Buenos Aires, septiembre de 2023